JUGANDO CON FUEGO

POR

JOSE BATLLO

Aquel día fui hasta el cementerio. Debutábamos aquella misma tarde, pero pensé que tendría tiempo de darme una vuelta por allí antes de que empezara la primera función. Cuando salí del hotel, dejé a Eulalia durmiendo y sudando como de costumbre. Estuve a punto de coger el coche, porque hacía un calor tremendo y no me parecía demasiado prudente andar tanto trecho bajo el sol, y también porque temía que el trayecto resultara más largo de lo que yo recordaba y no tuviera lugar de regresar a tiempo. Pero en seguida pensé que si en realidad iba allí, era para encontrarme a solas conmigo mismo, siquiera por un rato, y poder poner en orden, de un modo elemental, algunos recuerdos y sensaciones, lejanos o próximos, que me ayudaran a despejar aquella terrible confusión que sufría.

El hotel estaba en la plaza Mayor, amplísima y achicharrada por un sol de justicia, desde su nacimiento hasta su ocaso. En la parte oeste se levantaba el edificio del Ayuntamiento, relativamente moderno, soso y sin más interés que una placa de mármol junto a la puerta principal donde se hallaba grabado un soneto de un poeta local en honor de la ciudad. Frente a mi balcón, el edificio funcional y poderoso del Banco Mercantil e Industrial, y a casi todo el alrededor los soportales de las casas, antiquísimas, de uno o dos pisos. Debajo de las habitaciones, tenemos el casino. En una de las calles que desembocan en la plaza, está el teatro y hacia el norte el cementerio.

En el Cuatro Puertas pedí un cortado. Serían sobre las cinco de la tarde y, mientras me servían, estuve mirando la plaza. Bajo los soportales, unos pocos hombres dormitaban, de pie. En los bancos de piedra desgastada por el uso, altísimos, no había absolutamente nadie, pese a la eficiente sombra de unos naranjos agrios. Las moscas zumbaban alrededor de los árboles, insistentemente, temerosas de acabar su movimiento. No corría ni un soplo de aire. Mientras tomaba el café, reparé en un papel pegado con chinchetas en un tablero colgado en la pared del bar, a mis espaldas, frente al mostrador. Era una esquela mortuoria, y esto me hizo recordar mi propósito al salir del hotel, que casi había olvidado al contemplar la plaza, a los hombres dormitando bajo los soportales y las moscas revoloteando alrededor de los naranjos.

Pagué y salí a la calle, arrimándome a la acera de la izquierda, con tal de que me pillara la sombra. La calle estaba completamente desierta. En el bar había sido el único cliente, amén de un muchacho altísimo y delgado. Caminé sin prisas, y, al volver la esquina, me tropecé con un cartel anunciando nuestra actuación. Ello me hizo reparar de nuevo en la hora, y deduje que tendría tiempo. Eché a andar más de prisa, sin embargo. Tuve que sacarme la americana, porque sentía resbalar el sudor por las axilas y por la columna vertebral. Me sequé la frente con el pañuelo, que quedó lleno de un sudor pegajoso y sucio de polvo. Recordé a Eulalia, sudando. En los balcones, vacíos, se presentía una tristeza y una soledad que me sobrecogía. Apenas me crucé, en todo el camino, con media docena de personas. A la salida del pueblo, un par de hombres, cansinamente, envueltos en un halo, trabajaban inclinados en un huerto. No les vi la cara, sólo el sombrero de paja mirándome.

Tras la caseta de los consumos, la carretera estaba bordeada por los árboles, unos plátanos altos y frondosos, bajo los que corría una leve brisa que me hizo levantar los ojos con viveza. Veía, desde allí, los álamos junto al río, y el puente de la carretera general. El molino de aceite quedaba a mi derecha, casi al alcance de la mano. Vi a unos muchachos bañándose en el remanso que formaba el molino, que actuaba como parapeto contra la corriente. Estaban completamente desnudos, a pesar de que todos eran bastante mayores. Por un momento tuve la tentación de desnudarme e imitarles, pero pensé que mi cuerpo, blancuzco y fofo, causaría una impresión ridícula junto a los enjutos y renegridos de los chicos. Jugaban arrojándose agua, o corrían por la orilla, intentando atraparse, mientras dos de ellos se esforzaban en una carrera, cruzando el río de orilla a orilla. La carretera torcía, un poco más adelante, a la izquierda, y los perdí de vista. Unos doscientos metros antes de llegar al cementerio, quedaba un espacio completamente desierto, sin árbol alguno. Veía tras las tapias blancas del cementerio los altos cipreses y también algunas palmeras y álamos, en una compañía totalmente insólita, a la que en absoluto debían estar acostumbrados. En la verja de entrada, hacia la parte interior, a la sombra de la tapia, el guarda estaba sentado en una silla de anea, recostado contra la pared, con las patas delanteras de la silla levantadas y un sombrero de paja como el de los hombres que trabajaban en el huerto tapándole también la cara. Ante la duda, le di las buenas tardes, pero no obtuve respuesta. Pensé en despertarle, para que me informara, pero me dije que no valía la pena, aunque no recordaba exactamente dónde se hallaba el nicho que había de encontrar.

Anduve hasta la glorieta central por un camino de grava, que cru-

jía agradablemente bajo mis pies. En un par de ocasiones me detuve a sacarme las pequeñísimas piedrecitas que se habían introducido en mis zapatos. En la glorieta me orienté rápidamente, torcí a la izquierda y, allí, en el segundo bloque, en la tercera hilera, justo el que hacía diez, estaba el nicho. Al ver su boca cubierta aún por el barro reseco y agritado que aquel día el sepulturero puso sobre los ladrillos, el corazón me dio un vuelco. Me dije que habría que hacer algo, ponerle una lápida, o cosa así. Una lápida, eso es. La única referencia, en realidad, la constituia el número, pintado en negro, en la parte superior del nicho, y la fecha grabada toscamente con el dedo en el barro, cuando éste aún se hallaba blando. Lo recordaba fielmente, así como que aquel día los nichos de los alrededores, que ahora estaban cubiertos por lápidas y con flores ajadas, colocadas en pequeños jarros de cristal, a través de los que se transparentaba un agua amarillenta, estaban vacíos o, todo lo más, con su capa de barro cubriendo el tapiado de ladrillos muy reciente, húmedo casi. Sin darme cuenta, observé las fechas de los nichos inmediatos y, con estúpida sorpresa, vi que todos coincidían, con variaciones de muy pocos días, con la fecha que yo debía recordar y que se hallaba toscamente grabada en el nicho 351. Esto me produjo un repentino consuelo y, alzando la mano hasta tocar el barro, quedé un rato con la frente apoyada en la pared. Sentía cómo el corazón me latía con cierto apresuramiento, pero todo aquello estaba demasiado lejano, en el tiempo y en mi recuerdo, para que llegara a causarme una emoción verdadera, regeneradora, que fuera capaz de sacarme del marasmo en que estaba sumido. Al volverme, encendí un cigarrillo y fui andando lentamente hasta la glorieta. El camino de grava estaba flanqueado por cipreses, y entre ellos crecían unas flores pequeñas y alegres, humildes, unos arriates modestos, pero muy bien cuidados, húmedos del riego reciente. Me senté en uno de los bancos del paseo, cerca de la verja de entrada. El guarda seguía exactamente en la misma posición que cuando entré. Recorrí con la vista, mecánicamente, los panteones y mausoleos de las familias ilustres de la localidad. Bajo las cadenas que los cercaban y defendían, los mármoles combados por la lluvia y el sol, cuyas inscripciones borrosas e ilegibles parecían deteriorar a la misma eternidad. Vi en el reloj que aún me quedaba casi una hora, antes de tener que regresar. Luché, durante un instante, con la tentación de quedarme allí, serenamente, hasta siempre, sin límite, en aquella paz que me garantizaba el sueño del guarda, la quietud de los árboles y los mármoles, la de las humildes flores que, a todo el alrededor, extendían sin timidez su alegría. Por el contrario, llevé a cabo un examen de conciencia, con una seriedad que luego me pareció ridícula, pero la verdad es que no pude sustraerme

en modo alguno a aquella calma enervante, a aquel silencio tan total que llenaba mis oídos de diminutos rumores, perfectamente perceptibles y confusos a la vez. Estaba obligado a quedarme allí, sentado, con plena conciencia de un riesgo que avanzaba hacia mí de un modo inexorable, y que yo preveía con una lucidez total, pero sin poder accionar mi voluntad para evitarlo, como cuando se tiene una pesadilla, y se sueña que un camión avanza hacia uno, que está tendido en medio de su camino, y hace sobrehumanos esfuerzos por levantarse y apartarse, y no puede hacerlo, y se ve con horror como el camión no para de avanzar, y se llega a distinguir claramente el rostro del conductor, lejano e impasible no obstante, reconocible sin embargo, que conduce con una seguridad espantosa, y se grita, y se llora, sin cesar en el esfuerzo, mas el camión no se detiene, ya está encima, ya nos arrolla, sobre nosotros su enorme peso, y nuestro cuerpo deshecho, sangrante, exánime, mientras el camión, imperturbable, se aleja, sin perder su seguridad, sin prestarnos auxilio, y extendemos un brazo que no es más que un pingajo sanguinolento que a nosotros mismos nos causa repugnancia y horror, un horror sin medida, eterno, hace presa en nuestro corazón, oprimiendo, espantosamente solo en un vacío insondable que va abriéndose a nuestros ojos y a nuestros sentidos con una magnitud total inconmensurable, hasta que se despierta, sudando, angustiado, y, en la oscuridad, se adivina a Eulalia sudando también, se percibe su respirar acompasado y tranquilo, lleno de ese su ruido característico, y se baja de la cama, y se pasea descalzo por la habitación desconocida de una pensión cualquiera, de un hotel cualquiera de cualquier localidad de cuarta categoría, al que, como siempre, hemos llegado por puro azar, por no se sabe qué circunstancias, circunstancias que son, sin embargo, tan siempre las mismas, tan parecidas entre sí que acaban forzosamente por olvidarse, por desaparecer.

Pero aquel día fue tan diferente, como si un golpe de sangre nos hubiera cubierto los ojos y navegáramos por él como náufragos en una balsa, perdida en la inmensidad del océano, espantosamente solitarios, escoltados tan sólo por un sentimiento indefinible, mezcla de sorpresa y dolor, con el telón de fondo de los lloriqueos de Eulalia, las preguntas de Antonio, que se encargó de todos los trámites, mientras nosotros, pálidos y desencajados, con los ojos llenos de sueño y la cabeza totalmente embotada, cumplíamos, con una propiedad digna de nuestro oficio, nuestro papel en aquella tragedia tan inevitable e imprevisible, tan sorprendente y rica en matices como la que mejor hubiera imaginado autor alguno en el mundo, y ella allí, permaneciendo tendida, rodeada de flores y cintas de moaré negras, con letras doradas, que testimoniaban nuestro amor por ella, el recuerdo de los compañeros, el

sentimiento de Antonio, de todos los demás, que Dios sabe por dónde andan.

Y sin embargo nada anunciaba aquello. Por la mañana el sol salió por el mismo sitio, puntual, y aquellas pequeñas nubecillas blancuzcas, difuminadas, cubrían casi la totalidad del firmamento, como producto de una luminosidad excesiva. Bajábamos a la calle tranquilos, como todos los días, y disfrutábamos de aquellas pequeñas satisfacciones cotidianas, que uno no advierte jamás hasta que, un día como aquél, y de golpe, se rompen, desaparecen, para no volver hasta no se sabe cuándo, dejándonos sumidos en la más completa angustia. Todos recordábamos cómo aquel mismo día precisamente habíamos disfrutado de una sonrisa nueva y joven, desconocida, o de un rayo que se filtró por nuestra ventana a una hora desacostumbrada —la primavera que llega—, o escuchamos el ladrido de un cachorrillo, alegre y juguetón, que nos hizo asomar a la calle, y la vimos limpia y despejada, y fuimos hasta el lavabo, enjuagándonos la cara con alegría y satisfacción, cantando aquello que estaba de moda —que no hay modo de recordar ahora— y, de golpe, aquello, apenas una llamada telefónica, un sorprendido porqué, una voz tremolaba, y, sin embargo, seguimos tranquilos todavía un rato, fuimos por la calle y miramos a una chica de bonitas piernas que pareció sonreírnos al pasar por nuestro lado, y llegamos ante un coro de voces histéricas, de llantos agudos que reventaron en nuestra cabeza como un espantoso globo y, ante el fragor, nos batimos en retirada, qué sucede realmente, qué ha pasado aquí, cómo es posible, dónde está, Dios mío, Dios mío, y el cura vino a darnos el pésame con rostro compungido —¿por qué, si la vida eterna está ahí, a la vuelta de la esquina?— y allí estaba el dueño de la pensión —¿dónde pasó usted la noche?, parecía decir—, preocupado, pensativo, sujetándose la barbilla con los dedos índice y corazón —corazón de melón, rezaba aquella copla de moda— marcándole sendos surcos rojizos en la mejilla y la mano izquierda atravesándole la cintura, asiendo fraternalmente por el codo a su compañera.

Tuvimos que bajar la cabeza, mientras unas lágrimas corrían, sin mayor esfuerzo, por nuestras mejillas, y gustamos un sabor amargo y desconocido en tantos años, y Eulalia sudando, mientras sus lloriqueos se parecían tanto a sus ronquidos, y ella permanecía serena, entre tanto bullicio, allí, en medio de todos, un poco dejada de lado, como si, una vez que hubiera cumplido su misión de desencadenar todo aquel maremágnum, tácitamente hubieran acordado olvidarse de ella, puesto que no les era útil. Pero no podíamos evitar mirarla de vez en cuando, y hasta inclinarnos, temiendo que el corazón se nos fuera a salir por la boca, y besarla delicadamente en la frente, mientras re-

mordimientos sin lógica iban creciendo en nuestra estúpida conciencia, y una larga serie de reproches iniciaba su letanía mortificante, con el estribillo perenne de ahora es demasiado tarde, no vale nada lo que ahora pienses, que ahora te tortures de esta manera, y no obstante no había modo de detener aquello, de despertar de aquella pesadilla absurda que iba envolviéndonos hasta conseguir que todos la consideráse-mos el momento crucial de nuestras vidas, y todo lo viéramos a nueva luz, como consecuencia o motivo de aquello, determinado a desembocar o a nacer de aquellos instantes que marcaban nuestra memoria y nuestros sentidos de una manera indeleble y profunda, que hería nuestra propia concepción de la vida y de la muerte, tan absurda, tan real, tan presente, y derribaba nuestras creencias, o las ponía en pie, y nuestras ideas, con tal fuerza que nos parecía que nunca jamás podrían variar la posición en que quedaran. En nuestra mente resonaba un rosario de plañideras con velos negros y ojos anegados en lágrimas, rojizos por el largo ejercicio practicado sin descanso ni tregua, y las sillas alineadas una junto a otra, a todo lo largo de la pared, a todo el alrededor de la habitación, mientras por la puerta entreabierta la seguíamos viendo a ella, con su gesto entre irónico y triste, como preguntando qué hacéis aquí, no seais estúpidos, esto terminó, no lo veis, y nos mostraba su vitalidad caída, inútil, que ya a nadie podría aprovechar, recoger para sí para andar por la vida con la seguridad de saberse amado ferozmente, totalmente, únicamente, y Eulalia, en un alarde de entrega, olvidaba su papel de dama joven y dejaba que las lágrimas le corrieran por los cachetes mofletudos mezcladas con su sempiterno sudor, con su compacto maquillaje y con la grasa de su piel, en tiempos lozana, mientras las arrugas de los ojos, las patas de gallo, las comisuras de la boca fruncidas delataban sin compasión sus años, allí, a la vista de todos, a la vista de ella que, de haberla visto, no la habría odiado tanto ya, e incluso, con la grandeza que le debía proporcionar su estado, la hubiera perdonado de todo corazón y la hubiera abrazado, olvidemos el pasado y amémonos los unos a los otros, sin muchos excesos, claro está. Pero nada fue así, y allí permaneció tendida todo el tiempo, aguantando estoicamente, sin apenas resentimiento, aquella especie de tragedia en la que desempeñaba, como siempre, el papel protagonista, aunque no le placieran ya los aplausos y aunque los comparsas, como siempre suelen hacer, se olvidaran de ella, y saliesen a saludar al proscenio, a corresponder a las aclamaciones que el tiempo iría borrando de todas las memorias y que, con el paso de los siglos, quedarían viajando por el infinito, perdidos y sin destino, hasta llegar a un fin donde cada cual volvería a poseer lo que anteriormente fue suyo sin poderlo disfrutar plenamente, y Eulalia iba per-

diendo los restos de su juventud con aquellas lágrimas; su lecho no era ya el lecho adúltero, sino el de la futura esposa que junto a su marido comparte las horas alegres y las tristes, que está junto a él en la vida y en la muerte, en la salud y en la enfermedad, en la pobreza y en la riqueza, y el capellán coloca el anillo en nuestra mano y nosotros, con dedos torpes, lo introducimos en el de Eulalia, que sonríe extasiada y se tiende aquella noche como de costumbre, pero con ansia renovada, que para nosotros sigue siendo la misma, entenebrecida apenas por el recuerdo de ella, de cómo debía sufrir y quizá nos anatematice desde allá donde quiera que esté, si en parte alguna se halla, pero ya nos habrá perdonado, amén.

Para entonces, Charo fue creciendo en nuestro cerebro, desde el día aquel, y cuando la señorita Charo apareció realmente en el mundo, bajo nuestra mirada, Eulalia supo que una costumbre iba a romperse, acababa precisamente de romperse en aquellos días en que hacía calor y era agradable pasear por la oscura habitación desconocida, con los pies descalzos para despejar la cabeza y huir del sudor obsesivo que bajaba por la curva del vientre hasta las ingles y todo lo hacía excesivamente fatigoso, y Charo, limpia, joven, nos contemplaba con socarronería en los ensayos, nos guiñaba el ojo cuando nos dirigía la palabra, llevaba a cabo con propiedad y apasionamiento las escenas de amor y, poco a poco, nos fue conduciendo otra vez lejos de nosotros mismos, del lecho lícito, de nuestra tradición, mientras nuestro estómago ya se abultaba, y nuestras carnes se hacían fofas, se volvían blancuzcas, y el pelo de la cabeza iba desprendiéndose ante el espejo, frente a la sorpresa de nuestros ojos —si no lo veo no lo creo—, pero también la señorita Charo tuvo arrugas en la boca y en los ojos, y fue aumentando de volumen, aunque proporcionadamente siempre, guardando siempre las formas, y fueron aumentando también sus papeles, su insolencia y su exigencia, y nosotros, cada día más cansados, hartos verdaderamente de todo aquello, fuimos como dejando de lado la ilusión, la fuerza, esa virilidad que sabíamos no muerta, sino adormecida y cansada tan sólo, y que nos costaba demasiado despertar, hacerla efectiva. Y entonces hubo que irlo dejando todo en manos de Eulalia, de la señorita Charo, cariño mío, qué buena estás chata, qué puta, qué putita estás hecha, cuando tengas cuarenta años sí que vas a estar rica, y se sonreía mientras todo fue como sobre ruedas, que dicen, hasta que miró de reojo a aquella chiquilla, estamos seguros de que así lo hizo, te llamas Charo, dijo, y era verdad, sólo había una Charo, y tú ve con cuidado, mira por dónde pisas, que yo tengo los pies viejos y no me da la gana que nadie me pise los callos, y la chiquilla la miraría con la misma socarronería con que la señorita Charo —la única

que hay—miró en tiempos a Eulalia, y pensaría en cómo sería sin la faja ni el sujetador, un pellejo grasiento colgante, y se palparía sus carnes prietas, sonriendo para sus adentros, mientras, muy seria, le diría, como usted diga, no había pensado nada semejante, lo tendré muy en cuenta, no pierda usted cuidado, y nosotros más tarde mentimos, había que darle a todo aquello un mínimo de interés, de continuidad, y la chiquilla asistiría a nuestros despliegues de facultades un poco asombrada, otro poco socarrona, maldita sea, segura de su fuerza, de sí misma, de todo aquello que podría controlar perfectamente con su voluntad y su cuerpo de prietas carnes, mientras ella, allí, estirada, contemplándolo todo, y ahora, tras la capa de barro, marcada por un número y una fecha, rumiaría sus años, nuestra fuerza escasa ya. Ella disfrutó de nuestros mejores años, pero jamás nos tuvo del todo, por completo, y la chiquilla sabría bien lo que se hace, pero también se equivocaría, o quizá nada sea tan importante como para no levantarse del banco y seguir la corriente—del río—, andar junto al molino, donde los chicos ya no se bañan, y el sol sigue, aparentemente inmóvil y eterno, por encima de los alcores, reverberando en el agua, en las blancas paredes de las casas de todos los pueblos de este mundo, y la chiquilla, tendida en el suelo, dejaba a nuestro alcance, por un instante, todo el sabor de una vida que, verdaderamente, no estaba del todo perdida, aún había una posibilidad, pero nada importaba ya saber esto, porque se hace tarde, y hay que estar allí, en el teatro, a la hora en punto, disponerlo todo, atisbar tras el telón echado, sentirse ilusionado, ver cómo todo evoluciona como un viejo guiñol de trajes ajados y voz ronca que obedece aún, pese a todo, a nuestra santa voluntad, que es, cada día más, la de que todo se mantenga igual, sin mayores variaciones que esta chiquilla capaz de tenderse, sin hacer tragedias, en el suelo de un camerino, sin mayores variaciones que una lápida de mármol en el barro de aquel nicho, con el nombre de ella y las fechas—las dos, no una sola—, pues, después de todo, aun cuando nuestros sentidos no lo recuerdan, no lo saben, ni quizá nunca lo supieron, ella era nuestra legítima mujer y santa esposa.

José Batlló
Garcilaso, 231, sobreático 2
Barcelona - 16